

b) La segunda parte del anuncio evoca, por otro lado, *Éxodo* 40, 35, como hemos visto en el análisis de vocabulario. En ese pasaje una nube «cubría con su sombra» la Tienda del Testimonio (del Encuentro, en el texto hebreo) donde se guardaba el arca de la alianza y manifestaba la presencia de Dios en medio de su pueblo en el itinerario del desierto. Según hemos visto también, la concepción judeo-helenista incluía la generación del portador de la salvación como obra de Dios excluyendo al padre natural. Recoge así la convicción veterotestamentaria de la fuerza creadora del Espíritu de Dios.

Las dos partes del anuncio evocadas pertenecen a la fuente Sacerdotal (P) del AT. Escrita en tiempos del exilio, cuando hace falta encontrar sentido al sinsentido. Momentos en los cuales las promesas realizadas a los patriarcas y al pueblo liberado de la esclavitud (tierra estable y una descendencia grande) desaparecen del horizonte de fe del pueblo en Yahveh. En este contexto la fuente P trata de organizar la historia descubriendo el sentido que tiene desde su fe en Yahveh⁷. Para esta fuente, desde el punto de vista teológico, Dios se revela en tres fases de la historia: la creación, el tiempo de los patriarcas y la época del éxodo donde se van a cumplir las promesas. Recogiendo el texto de *Gen* 40, 34-35, Lucas está recogiendo la teología de la «gloria» que está basada no tanto en la fidelidad del pueblo, sino en la alianza gratuita y unilateral de Dios con Abraham⁸. Esta «gloria» de Yahveh une aspectos dinámicos y estables y es la garantía de Dios en medio de su pueblo de que las promesas se cumplirán.

En este marco, la promesa que el ángel está haciendo ahora a María tiene su fundamento ya en la propia fe judía de María. Sin embargo, la está reenviando a un horizonte nuevo: ella va a ser madre de «algo que va a nacer» y que «será llamado Hijo de Dios».

El nacimiento virginal, como hemos visto más arriba, constituye un contraste con el nacimiento de una estéril como es su prima Isabel. Ésta forma de nacimiento, aun mostrando el poder de Dios, expresa una ayuda de Dios a la procreación humana. Nos encontramos ahora, sin embargo, ante una situación completamente nueva. En palabras de Sesbouë, nos encontramos ante un fenómeno de creación más que de procreación⁹.

2. María: entre la creación y el futuro escatológico

Al hilo de lo que venimos contemplando, nos encontramos, ante todo, con que Dios irrumpe con fuerza en la vida de María. Nada nos dice el texto de su pasado creyente, pero, al acoger a Gabriel, está indicando que un fondo religioso-creyente en Dios-Yahveh sí que tiene. Sin embargo, ahora aparece en su vida no ya como una realidad más o menos difusa, sino como alguien personal que entra en relación con ella.

La iniciativa parte de Dios y su irrupción en la vida de María de forma personal le confunde y deja perpleja. Asistimos a un momento crucial del proceso de la fe en el cual la confusión y perplejidad ante el Otro son elementos constitutivos. Ella no tiene la certeza de que sea la misma imagen de Dios que hasta ahora tenía la que ahora le es presentada.

⁷ SKA, J. L. *Introduzione alla lettura del Pentateuco*. Ed. Dehoniane Roma. Roma, 1998, pp. 174ss.

⁸ *Ibid.* p. 177.

⁹ SESBOUË, B. *Los signos de la salvación*. Ed. Secretariado Trinitario. Salamanca, 1996. Vol 3, p. 432.

La fuerza de Dios, simbolizada en el nombre de Gabriel y en la forma en que el Espíritu de Dios vendrá sobre ella, es la fuerza dinámica de Dios que va convenciendo a María. Sus dudas se ponen de manifiesto en la pregunta al ángel. Lo que va a posibilitar su aceptación obediente es la confianza que le había sido transmitida por sus antepasados en y a través de la Palabra: que Dios cumple sus promesas y se hace acompañante del pueblo mediante su «gloria». Elementos que estructuran la personalidad religiosa y permiten la experiencia de un Dios personal y Padre. La fuerza de Dios y su nueva promesa que presenta al mismo Hijo de Dios como futuro hijo de ella permiten una primera decisión de fe no ya del tipo judío (mediatizada por la ley) sino directamente en Dios mismo. Quien ha decidido encarnar su Palabra en su propio Hijo.

La forma en que nos relata Lucas este acontecimiento nos evoca la creación primera. En ella, Dios crea todo, incluido el hombre, desde el caos (desde la nada) y por medio de su Palabra. Como testigo, el Espíritu Santo sobreviniendo por las aguas.

En el relato de la anunciación, el Espíritu de Dios será sujeto agente de la acción del Padre. Y Éste tiene en cuenta la decisión libre de María para llevar a cabo su designio: hacer carne humana aquella Palabra creadora primera. Esta Palabra encarnada es fruto también de una fe que ha sido hecha avanzar y comenzar a ser nueva gracias a la Gracia que ha encontrado por parte de Dios. María ya no es el correlato inerte y acuático de la primera creación, sino una mujer liberada en su libertad para poder hacer posible lo que Dios quiere.

El proceso de María en su itinerario creyente tendrá que continuar hasta la resurrección de su Hijo, signo definitivo del poder de Dios al vencer al último enemigo.

Y, en este proceso, María aparece como un elemento original, singular. Dios no se encuentra a solas creando como la primera vez. Ahora necesita de la confianza de María en quien toda la humanidad está como concentrada. En su primer acto de nueva fe está consintiendo que, en su persona virgen, Dios no procrea, sino que cree esa criatura nueva que es Jesucristo, Hijo de Dios.

Tanto la breve alusión a Gabriel, personaje tomado de los textos apocalípticos de Daniel, como sobre todo la nueva e insólita promesa (ya es la definitiva, pues el reinado del Hijo no tendrá fin) remiten este texto de la anunciación a la etapa final de la historia, a aquella realidad última que Israel esperaba de forma todavía miope y que, desde la obediencia de fe de María va a ir siendo transformada en esperanza escatológica para ella y para todos los creyentes.

Un Jubileo para liberarnos de esclavitudes

El libro del *Éxodo*, especialmente en sus capítulos 21 y 35, nos habla de las leyes de esclavos así como de la del descanso. El *Levítico*, por su parte, en su capítulo 25 da normas acerca del año sabático y del jubilar. El *Deuteronomio*, finalmente, se extiende en sus capítulos 5 y 15 sobre la remisión de deudas. La lectura de estos textos desde nuestra lacerante actualidad nos obliga a dirigir nuestras miradas hacia realidades que existen entre nosotros y que están reclamando una solución «religiosa» en línea con lo afirmado en el *Antiguo Testamento*. Citemos algunas de estas realidades: el problema de la deuda externa que reclama a gritos unos planteamientos nuevos que incluyan su supresión; la existencia legal de la pena de muerte todavía en 93 países; las guerras y bombardeos inmisericordes; los movimientos migratorios que implican a grandes multitudes de personas y que nos acercan la realidad de la miseria de amplias capas del tercer mundo; la explotación obrera a través de la economía sumergida mediante el abuso ejercido sobre mano de obra barata; el subdesarrollo agrícola unido al injusto reparto de subvenciones; el consumo ilimitado e insolidario, incluido el ejercido a través de los juegos de azar. ¿Qué estamos haciendo como comunidades cristianas para liberar a las personas y colectividades de estas esclavitudes?

Clarifiquemos el sentido del Reino de Dios

Para nosotros, Dios es el único Rey y Señor. El libro de los Números nos cuenta cómo Dios ordenó a Moisés que organizara al pueblo, el cual debía posesionarse de la tierra prometida. Allí sería gobernado por Jueces, pues Dios no quería que ninguna persona estuviera por encima de las demás para que no quedara oscurecido el verdadero señorío divino. Hablar del Reino de Dios es referirnos a la irrupción de Dios en la vida, en la realidad y en la persona humana. En las sociedades humanas abundarán los alcaldes, los reyes, los emperadores y los papas. Pero «no sea así entre vosotros».

Hablar de Reino de Dios es ponernos en clave de fraternidad y abrazar la exigencia del compartir. Para analizar qué tiene que ver con nuestro país el Reino de Dios, convendrá echar una ojeada a la distribución de la renta per cápita que nos revela la existencia de un 20% de pobres entre la población, con situaciones tan dramáticas como la mendicidad, el transeuntismo o la drogadicción.

Los milagros de Jesús son el indicador más claro de que el Reino de Dios está entre nosotros. Éste trae a todos los que sufren, marginados y explotados una palabra de aliento, un impulso, una liberación total y absoluta, simbolizada fundamentalmente a través de la mesa compartida. Anuncia la victoria de la justicia y de la verdad sobre la opresión. ¿Nos hemos olvidado de la necesidad de hacer hoy también milagros semejantes?

El Reino de Dios se da plenamente en Jesucristo. La Iglesia adquiere sentido y legitimidad en tanto en cuanto se convierte en instrumento para el anuncio y extensión de este Reino. Por eso debe situarse en un proceso permanente de revisión para analizar muy en serio lo que está realizando. Su tarea no consiste tanto en ser depositaria de verdades eternas controlando sin desmayo cualquier atisbo de desviación de las mismas según la óptica de sus máximos dirigentes, cuanto en ser el medio querido por Dios para que su

Mensaje llegue a todo el mundo, dejándose ella misma «controlar» por el Espíritu para que sus palabras sean proféticas y sus acciones sean liberadoras y esperanzadoras para los perjudicados por las potencias de este mundo.

Un Jubileo para la conversión

En todos los escritos en torno al Jubileo se nos habla de camino, de peregrinación, de cambios, en definitiva, de conversión. Pasamos a indicar a continuación tres apartados que consideramos imprescindibles para que la conversión sea real, precisamente en unos tiempos en los que la práctica del Sacramento de la Reconciliación se está evaporando en la Iglesia.

En primer lugar, para que nosotros podamos cambiar o simplemente intentarlo es fundamental que nos sintamos queridos por Dios con un amor que es donación hasta la entrega total. Ese amor de Dios es gratuito, incondicional. Es un amor que tolera, respeta y venera. Un amor que es gozo y que nos transforma, como lo hizo con los grandes personajes bíblicos: a Abraham lo convirtió en padre de un gran pueblo; a Moisés en el libertador; a David en defensor de su pueblo; a Rut en la nuera fiel de la que procedería el Mesías; a Judit en defensora humilde contra los poderosos generales; a María, en suma, en Madre del Salvador. Llevamos bastantes de las últimas décadas predicando que Dios es Padre bueno, pero algo le pasa al pueblo o a los predicadores, puesto que el común de los creyentes no acaba de captar el amor de Dios y parece guiarse en su relación con Él por otros parámetros. ¿Será que no mostramos este amor de una manera eficaz a los pobres y necesitados? Algo está claro: no se puede practicar la conversión si no se entiende y vive el amor de Dios, y no solamente desde la racionalidad sino desde los sentimientos más profundos.

En segundo lugar, el encuentro con Dios nos debe llenar de alegría. Cuando Moisés retornó al pueblo, tras su encuentro con «el que es», no podían mirarle a la cara de tanto como resplandecía su rostro. Es el encuentro con el Fundamento, con el Creador, con el Núcleo básico, lo que produce esa sensación de alegre plenitud, de haber encontrado la «perla» por la cual uno deja todo lo demás como carente de importancia. La alegría, por consiguiente, procede de ese encuentro e impulsa a la creatividad, a recobrar el sentido de la vida y de la fiesta. Por eso es tan importante vivir la liturgia como la fiesta del encuentro comunitario con el Dios que nos llena plenamente de sentido, que trasciende todo lo imaginable y todos nuestros pequeños reductos, y que nos impulsa a comprometernos en favor de la vida de nuestros prójimos, especialmente de los más llenos de sufrimiento. Si nuestras celebraciones litúrgicas no nos llenan de vida y de esa alegría profunda que acabamos de reseñar, tendremos que proceder a una profunda revisión de las mismas.

En tercer lugar, el Jubileo tiene que ser ocasión para provocarnos a vivir en humildad. Jesús, Nuestro Mesías y Salvador, se «rebajó» y se hizo pasar por uno de tantos, no haciendo alarde de su categoría de Dios. Fue capaz incluso de asumir una muerte en la cruz como un malhechor. Y lavó los pies a quienes, según la lógica humana, debía considerar «inferiores». Sin humildad no es posible descubrir la necesidad de conversión. No valemos más que cualquier prójimo con el que nos encontramos, sino que, con Pablo, debemos considerar

siempre superiores a los demás. Sólo el que es humilde puede saberse querido por Dios y llenarse por tanto de alegría. Sólo el humilde está dispuesto a cambiar, a arrepentirse, a dejarse transformar en una nueva persona.

Unas pistas de conversión

La conversión pasa por reconocer a Dios como Padre y único Señor. No debe haber para nosotros más Dios que Él. No puede haber más centralidad, más piedra angular, más interés. Nada ni nadie más puede reclamar una dedicación total de nuestra vida: ni el dinero, ni el poder, ni el negocio, ni el placer, ni cuantos señores se erigen constantemente en reclamos de nuestras energías. Y con Él no cabe otra postura más que la entrega confiada y generosa, fruto del amor que responde a su Amor infinito. Por lo cual es necesario clarificar nuestros sentimientos y nuestras prácticas, tantas veces pseudorreligiosas. No puede haber justificación para nuestros comportamientos supersticiosos o mágicos que intentan manipular en nuestro propio beneficio la Bondad del que hace brillar el sol sobre justos e injustos. No puede haber justificación para atender preferentemente a otras «palabras» y descuidar nuestra postura orante ante la Palabra. No puede haber justificación para formarnos sin parar en numerosos saberes parciales y descuidar nuestra formación en la auténtica Sabiduría.

La conversión pasa igualmente por vivir el «bienaventurados los pobres». Si queremos colaborar con quien pronunció y sigue pronunciando estas palabras, hemos de estar ahí en donde se vive la indigencia en toda su crudeza. Hemos de compartir porcentajes reales con los que pasan hambre. Hemos de prescindir de los adornos que ofenden a los pobres porque, como afirmaban los Santos Padres, les estamos robando a ellos el dinero que empleamos en bagatelas. Hemos de ayudarles a construir desde sus cimientos una nueva casa, incluida la de emigrantes de Longares, símbolo de nuestro año jubilar.

La conversión pasa igualmente por cambios estructurales en nuestra Iglesia. También ella debe ser reformada, porque también en ella el pecado oscurece la virtud. El año jubilar es una ocasión que nos brinda Dios para revisar nuestras normas, actitudes y prácticas acerca de la comunión, la participación y la corresponsabilidad, tanto en nuestros grupos, como en la parroquias, diócesis, Iglesia universal e incluso en nuestra relación con otras Iglesias. De nuevo volvemos a insistir en que si evangelizamos lo hacemos a través de la Iglesia, sintiéndonos parte de su ser profundo y visible, lo cual nos lleva a agradecer el Espíritu que nos transmite. Pero también es verdad que muchas veces la misma Iglesia es obstáculo para la labor evangelizadora por culpa del pecado que anida en su estructura y comportamientos, lo cual hace imprescindible que la misma Iglesia, tantas veces focalizada en sus máximos dirigentes, deba asumir generosamente las aportaciones que se le hacen desde la base de creyentes, en orden al cambio que necesita, fruto de una profunda conversión al Dios que da sentido a su existencia.

Finalmente, la conversión tiene que producirse en el terreno de nuestros comportamientos ante lo distinto y marginal. Y estos términos son traducibles a colectivos muy concretos: homosexuales, lesbianas, prostitutas, drogadictos, emigrantes, transeúntes, divorciados, abortistas, etc. Por encima de las consideraciones de índole cultural que han